

LITERATURA

Homenaje al Cónsul Manuel Antonio Muñoz Borrero y conmemoración de los 80 años de la Noche de los Cristales Rotos

José Valencia¹

¹ Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano.
Ex Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

Quito, 9 de noviembre de 2018

Manuel Antonio Muñoz Borrero seguramente se alegraría de recibir noticias de aquellos a quienes entregó pasaportes ecuatorianos y salvó sus vidas durante los terribles años de la Segunda Guerra Mundial. Hemos escuchado, hace unos momentos, el testimonio de Jules Samson.

Hubo un puñado de Jules Samson que logró ponerse a salvo en medio de la avalancha de terror que fue el Holocausto judío y que hace 80 años tuvo su doloroso punto de partida en la Noche de los Cristales Rotos. Yo quiero contar ahora, en este homenaje a Muñoz Borrero y en recordación de esa triste Noche de hace ocho décadas, el testimonio de otro “Jules Samson”. Un testimonio muy cercano a mí y a muchos colegas del Servicio Exterior de la Cancillería. Él lamentablemente ya no está entre nosotros. Partió de este mundo hace solo unos meses.

Jorge Glaser Ledererová llegó al Ecuador desde la antigua Checoslovaquia. Era el hombre más dulce del planeta y el hombre más hosco del planeta. Todo en uno, aunque parezca una contradicción.

Hubo un puñado de Jules Samson que logró ponerse a salvo en medio de la avalancha de terror que fue el Holocausto judío y que hace 80 años tuvo su doloroso punto de partida en la Noche de los Cristales Rotos. Yo quiero contar ahora, en este homenaje a Muñoz Borrero y en recordación de esa triste Noche de hace ocho décadas, el testimonio de otro “Jules Samson”. Un testimonio muy cercano a mí y a muchos colegas del Servicio Exterior de la Cancillería. Él lamentablemente ya no está entre nosotros. Partió de este mundo hace solo unos meses.

Era una paradoja viviente donde la sencillez y la complicación se daban cita a la vez. Con una letra insufrible al escribir y un Le Monde siempre doblado en el bolsillo de su impermeable, caminaba eternamente por las calles de La Mariscal y de las múltiples ciudades por donde vivió y tomó su sopa caliente de las tardes.

El tío de Jorge, Otto Lederer, era en

los años previos a la Segunda Guerra un joven militante comunista. Entendió muy temprano lo que significaría el odio nazi y su rabioso afán de exterminar a la comunidad judía de Europa. Presintiendo que sería de los primeros en caer, por comunista y por ser una persona judía, decidió huir de una Checoslovaquia que pronto sucumbiría a los designios de los nazis. Su hermana le rogó llevarse consigo a su hijo de nueve años de edad, George Glaser. Quedaron en que ella se les uniría en el extranjero tan pronto consiguiera dinero para el viaje.

Otto Lederer, su sobrino George y un puñado de judíos europeos llegaron a estas tierras, al Ecuador, luego de obtener pasaportes ecuatorianos. De esos cónsules que se refería hace un momento Daniel, entre los que se encontraban, por supuesto, nuestro querido Muñoz Borrero. George se convirtió en Jorge en el Ecuador. Su madre nunca llegó a viajar y reunirse con él. Meses más tarde ella y su familia fueron detenidos y deportados a un campo de concentración de donde no saldrían con vida.

Pasaron los años, Jorge se graduó en Química y Farmacia y se convirtió en el doctor Glaser. Viajó por medio mundo. Acumuló cajas y cajas de libros en media docena de idiomas, acumuló discos de vinil y mapas, acumuló paraguas desvencijados. Vivía en cuartos de hotel. Llegaba a cenar a casa de sus amigos trayendo elegantes dulces que debían costar una fortuna. Perdía la cabeza cuando un provocador le aseguraba que los Beatles habían entrado en el panteón de los músicos clásicos. Era un don Quijote, embistiendo siempre con sus palabras contra una realidad que veía, con inveterado pesimismo, como progresivamente deshumanizada.

Trabajó por un tiempo en la Cancillería; ya lo he dicho. Era traductor. Si salimos por esa puerta y cruzamos un corredor cercano, se llega a la oficina donde él trabajaba; que él ocupó por varios años. El otro día pasé por ahí y pensé en asomar la cabeza y mirar a la esquina donde se encontraba su escritorio. No me atreví a hacerlo.

Jorge Glaser, el abuelo reenchauchado como se bautizó a sí mismo, no recibió posiblemente un pasaporte de Manuel Antonio Muñoz Borrero, pero su historia bien puede ser la historia de aquellas personas que se salvaron milagrosamente gracias a que un inesperado Cónsul, procedente de una lejana nación sudamericana, lejana de Europa y sobre todo lejana del mal y del odio nazi, decidió anteponer su conciencia y tomar una decisión ética.

El Cónsul Manuel Antonio Muñoz Borrero, nuestro colega diplomático, defensor de los derechos humanos, aparte de salvar vidas nos ha dejado lecciones

El Cónsul Manuel Antonio Muñoz Borrero, nuestro colega diplomático, defensor de los derechos humanos, aparte de salvar vidas nos ha dejado lecciones perennes: que ante la "banalidad del mal" se puede emitir un pasaporte y, décadas más tarde, desde una escalera, mirar cómo ese pasaporte se ha convertido en las sonrisas de la familia multiplicada de Jules Samson. Que frente a la confusión ética que traen el terror, la violencia y la intolerancia, pueden sobrevivir la bondad y la filantropía.

perennes: que ante la “banalidad del mal” se puede emitir un pasaporte y, décadas más tarde, desde una escalera, mirar cómo ese pasaporte se ha convertido en las sonrisas de la familia multiplicada de Jules Samson. Que frente a la confusión ética que traen el terror, la violencia y la intolerancia, pueden sobrevivir la bondad y la filantropía. Que las vidas salvadas desmienten el vaticinio pesimista de que nada podemos hacer para cambiar la deshumanización del mundo; y reafirman que la agencia humana con sentido ético brilla con más luminosidad cuando más oscuro es el reto que se enfrenta.

Gracias eternas, Cónsul Manuel Antonio, por recordarnos que donde no hay humanidad, hay que tratar de llenar

ese vacío. Bemakom she'en anashim, hishtadel lihyot ysh.

Gracias eternas, Cónsul Manuel Antonio, por recordarnos que donde no hay humanidad, hay que tratar de llenar ese vacío. Bemakom she'en anashim, hishtadel lihyot ysh.

Cónsul Manuel Antonio Muñoz Borrero, querido colega, te recordaremos siempre.

Muchas gracias